



Finalmente se hizo de día y abrieron los balcones. Garbullo que había caído medio adormecido en un banco



creyó que salían volando por las ventanas abiertas grandes enjambres de avispas y de zánganos y al despertarse completamente se encontró solo en el polvo. Las luces se apagaban, los criados rendidos de cansancio se arrojaban sobre los sofás y las mesas, en tanto que otros rebañaban los restos del banquete. Garbullo se fué á concluir su sueño apaciblemente bajo los árboles del jardín que era muy hermoso y ostentaba flores magníficas.

Cuando se despertó, bien reposado ya, vió á su frente un señor alto y grueso vestido de terciopelo negro con matiz violeta y tan parecido al que distinguió en sueño bajo la encina de la plazoleta del Abejon que creyó era el mismo, y se lo dijo :

« Buenos dias, señor Abejon, ¿cómo estais desde ayer mañana?

— Garbullo, respondió el opulento señor con la misma voz bronca y estropajosa que Garbullo había oído en su sueño ; me alegro mucho verte, pero me extraña lo que me preguntas porque es la primera vez que nos encontramos. Me noticiaron tu llegada en la noche ; pero yo estaba ya acostado y no pude saludarte. »

Pensando Garbullo que había dicho una tontería hablando de su sueño como de una cosa que el señor

Abejon debía recordar, trató de hacer olvidar sus imprudentes palabras preguntándole si no estaba enfermo.

« No por cierto, disfruto de la mejor salud, respondió el señor Abejon; ¿por qué esa pregunta?

— Porque como dabais un baile, repuso Garbullo que se confundía más y más, me figuré que debíais estar en él.

— No, me habría fastidiado mucho, dijo el señor Abejon. Dí una fiesta para demostrar que soy rico, pero me guardo muy bien de hacer los honores. Pero hablemos de tí, querido Garbullo, te apruebo que me hayas venido á ver, pues desearía hacerte favores.

— ¿Y es porque me llamo Garbullo? preguntó el muchacho que ya no se atrevía á interrogar razonablemente temiendo añadir alguna nueva tontería á las pasadas.

— Justamente, porque te llamas Garbullo, respondió el señor Abejon; y si eso te sorprende, sabrás, hijo mío, que en este mundo no es el caso comprender lo que nos sucede, sino aprovecharlo.

— Muy bien, señor, dijo Garbullo; pero ¿qué favores son los que me haríais?

— A tí te toca hablar, » respondió el señor.

Garbullo se encontró muy apurado, pues nada exci-

taba su deseo de todo lo que había visto, sin contar con que todo ello le parecía demasiado extraordinario para un pobrecillo como él. Por fin, dijo:

« Lo que os agradecería es un don para que me quisieran mis padres.

— Explícame ante todo, exclamó el señor Abejon, por qué tus padres no te quieren, pues me pareces un chico muy aceptable.

— ¡Ay, señor! replicó Garbullo, dicen que soy tonto.

— En ese caso es preciso darte entendimiento, » dijo el señor Abejon.

Garbullo que ya en su sueño había rehusado semejante don, no se atrevió á mostrarse desconfiado.

« Y cómo lo podré adquirir? preguntó.

— Tienes que aprender ciencias, amiguito. Figúrate que yo soy un sabio y puedo enseñarte la magia y la nigromancia.

— ¿Pero cómo aprenderé yo esas cosas que ni de nombre conozco, exclamó Garbullo, cuando soy tan tonto?

— No son difíciles esas cosas, respondió el señor Abejon; lo que tendrás que hacer es venirme á vivir conmigo y pasarás por mi hijo.

— Sois muy bueno, señor, dijo Garbullo, pero yo amo mucho á mis padres y no quisiera separarme de ellos. Verdad es que tienen otros hijos y los prefieren á mí; pero yo podría serles necesario y luego estaria mal de mi parte no querer ya ser su hijo.

— Como gustes, replicó el señor Abejon, yo no obligo á nadie. Adios, querido Garbullo, no tengo tiempo de hablar más contigo, puesto que te niegas á vivir en mi compañía. Si cambias de parecer ó deseas alguna otra cosa, ven á verme que siempre serás bien recibido. »

Y sobre esto el señor Abejon entró en unas malezas y se quedó solo Garbullo.

Cuando el muchacho volvía á casa de su padre y llegaba ya cerca, se puso muy contento diciéndose para sí : « Sin saberlo el señor Abejon me ha dado el medio para que me quieran mis padres pues cuando sepan que me han propuesto abandonarlos para ser hijo de un hombre opulento y que yo no he querido otros padres que los que Dios me ha dado, verán muy claro que no tengo mal corazon ; mi padre y mi madre me abrazarán y mandarán á mis hermanos que me abracen. »

En cuanto vió á su madre Briñola que le esperaba impaciente al extremo de la huerta, echó á correr y con

aire risueño quiso arrojarle en sus brazos ; pero ella sin darle tiempo le preguntó :



« ¿ Qué traes ? ¿ En dónde está el regalo que te han hecho ? »

Y cuando vió que nada traía quiso azotarle pensando que había perdido en el camino lo que le habían dado ; pero Garbullo la pidió que le escuchara, diciendo que despues podría regañarle y castigarle si había faltado en alguna cosa. Y entónces repitió palabra por palabra su conferencia con el señor Abejon ; pero en vez de abrazarle y darle gracias, Briñola se armó con una rama de sauce y le sacudió de lo lindo.

A los gritos que daba acudió Farfulla para ver lo que era aquello.



« Mira este pícaro, mal corazon, borricon, dijo la madre rabiosa; ¿pues no se ha negado á ser hijo y heredero de un hombre más opulento que el rey? Y es tan bruto que al despedirse ni siquiera se le ocurrió pedirle un talego de escudos, ó un buen empleo para nosotros en su casa ó un pedacillo de tierra que habria aumentado nuestros bienes. »

Farfulla cogió un látigo y á su vez cayó sobre Gar-

bullo con tal fuerza, que la madre temiendo le matara, se le quitó de las manos diciendo :



« Por hoy basta. »

Garbullo desconsolado preguntó á sus padres lo que debia hacer para agradecerles, y que si querian que viviese con el señor Abejon, se someteria á su voluntad. Mas en tanto que su madre que áun le profesaba algun cariño y habria querido verle rico y bien vestido, decia sí, el padre decia nó porque ni creia en su bondad ni juzgaba posible olvidar los ultrajes que habian hecho á Garbullo; y preferia enviarle de tiempo en tiempo á casa

del señor Abejon prometiéndose que este señor le daría dinero y el muchacho lo traería á la casa por temor de recibir azotes.

Con efecto, á los dos ó tres dias le vistieron miserablemente con una chaqueta desgarrada y unos zuecos y lo enviaron así al señor Abejon para hacer creer que sus padres eran muy pobres y arrancarle algunos escudos. Al mismo tiempo le recomendaron que pidiese muchísimo.

Garbullo, chico muy aseado, tenía vergüenza de presentarse con aquellos harapos y casi lloraba. Pero no por esto le recibió mal el señor Abejon; pues no obstante sus bruscos modales y su vozarron parecía un buen hombre y sobre todo demostraba cariño á Garbullo sin que Garbullo pudiese adivinar por qué.

« Garbullo, le dijo, veo con gusto que piensas en tí mismo. Toma lo que quieras. »

Y le llevó á una cueva muy grande donde había tanto oro, diamantes, perlas y pedrerías que se pisaban las riquezas; esto sin contar siete pozos muy hondos enteramente llenos hasta el borde.

Garbullo para obedecer á sus padres no tomó más que oro, pues ignoraba que los diamantes valen más todavía. Habíanle dicho que tomara muchísimo, de

modo que se atestó todas sus faltriqueras, pero con tanta indiferencia como si recogiera guijarros, porque no comprendía para qué podía servir todo aquello.

Dió, pues, las gracias al señor Abejon más por cumplido que por otra cosa y regresó diciendo : « Esta vez mis padres verán que he obedecido y quizás me den un abrazo. »

Como le pesaba mucho el oro que llevaba encima, se desvió un poco del camino para descansar en la plazoleta del Abejon que no estaba léjos. Allí comió unos puñados de bellotas de la añosa encina, que le parecían mejores que las de los otros árboles de la selva, encontrándolas dulces como azúcar y mantecosas de suaves. Luego echó un trago en el arroyo y se disponía á dormir un rato, cuando hé aquí que sus tres hermanos y sus tres hermanas se arrojaron sobre él y mordiéndole y arañándole le quitaron el oro.

Garbullo se defendía diciendo : « Dejadme que lo lleve yo á casa para que mi padre y mi madre vean que he cumplido su voluntad; y luego os podreis cargar con todo, si os place. »

Pero ellos sin hacerle caso continuaban robándole y maltratándole, cuando de repente resonó un gran ruido en la encina, como si fuera un concierto de diez

mil enormes contrabajos, y al punto un enjambre de gruesos zánganos, avispas y abejones de toda especie, cayó sobre los hermanos y hermanas de Garbullo, picándoles y persiguiéndoles con tal furia que llegaron á



casa hinchados, unos casi ciegos, otros con las manos tan gruesas como la cabeza, todos casi desfigurados y gritando como demonios. Y sin embargo, Garbullo que se había encontrado en medio del enjambre no tenía una sola picadura y había podido recoger su oro que llevó intacto á casa. En tanto que Briñola lavaba a sus hijos y les aplicaba calmantes, Farfulla que no pensaba

sino en el dinero, interrogaba y registraba á Garbullo, contentísimo esta vez con el muchacho, si bien le echaba en cara su pereza y falta de ánimo, pues habría debido traer el doble. Los demás chicos tuvieron que acostarse, tan mal estaban y por milagro no murió alguno de ellos.

Mas hé aquí que á la otra mañana Farfulla quiso contar el oro con su mujer, y se quedó atónito viendo que se fundía en sus dedos y se derramaba sobre la mesa en un licor amarillo y glutinoso, que en suma era miel, y una miel muy mala, más amarga que azucarada.

« Lo que es ahora me convenzo de que el señor Abejon es brujo y nos será difícil sacar partido de él, dijo Briñola lavando la mesa con movimientos iracundos. Sin embargo, no nos enemistemos y en vez de pedirle dinero le haremos regalos. Parece que debe ser aficionado á la miel con exceso, y sin duda se ha valido de esta estratagema para que le enviemos algunos buenos panales.

— Claro está, respondió Farfulla; enviémosle lo mejor de nuestras colmenas y creo que entonces nos pagará bien. »

El día siguiente cargaron un asno con un barril de exquisita miel, y mandaron á Garbullo á casa del señor Abejon.

Mas en cuanto el muchacho llegó junto á la higuera donde habia oido y visto cosas tan sorprendentes, hé aquí que salieron del árbol estrepitosamente muchas abejas y se arrojaron sobre el asno que huyó al galope dejando allí el barril y rebuznando como acostumbra los horricos.

Entónces Garbullo que no sabia qué pensar de tantas cosas extraordinarias, vió que llegaban á su presencia dos damas de maravillosa hermosura, escoltadas



por tantas otras señoras y señoritas que era imposible contarlas. La más alta de todas venia ricamente vestida

y parecia que las otras la llevaban en el aire. A su lado revoloteaba graciosamente una jóven princesa muy bonita.

« ¡ Imprudente ! exclamó la reina (pues por su manto regio y por su afición á que cargaran con su persona, conoció Garbullo que era una testa coronada), dos veces has merecido la muerte, porque te has hecho libertador y sirviente del rey de los abejones nuestro mortal enemigo. Pero mi hija la princesa que ves aquí me ha pedido ya dos veces tu perdon suponiendo que puedes prestarnos algun servicio y vamos á ver sino se equivoca.

— Reina, contestó Garbullo, mandadme lo que gustéis; jamas he tenido intenciones de ofenderos y os encuentro tan hermosa que tendria el mayor placer en servirlos.

— Chiquillo, dijo entónces la reina con su tono más suave, pues era aficionada á la lisonja, escucha bien lo que voy á decirte. Deja ahí la miel que llevabas al rey de los abejones y en cambio le llevarás estas palabras que le agradarán mucho más. Dile que la reina de las abejas está cansada de guerra, habiendo reconocido que los abejones y los zánganos son ahora sobrado numerosos y fuertes para ser derrotados en batalla cam-

30734

pal. Los industriales se ven obligados á dar parte á los conquistadores de las riquezas que han reunido para firmar un tratado de paz. Sé muy bien que el rey de los abejones se cree tan fuerte que pretende imponernos humillantes condiciones; pero sé tambien que ambiciona la mano de mi hija sin esperanzas de obtenerla. Le dirás, pues, que se la doy en matrimonio bajo la condicion de que dejará en paz nuestras colmenas, contentándose con una parte de nuestros tesoros que mi hija le llevará en dote. »

Y habiendo hablado así la reina, desapareció con su



hija y toda su corte; y Garbullo no vió más que muchas

abejas que se colgaban como racimos en las ramas del árbol.

Continuó pues su camino y fué á contar al señor Abejon que las abejas le habian quitado un barril de rica miel que sus padres querian regalarle, y luego repitió palabra por palabra el discurso de la reina, dirigido al rey de los abejones.

« Si quisierais decirme en dónde encontraré yo á ese rey, añadió Garbullo, os lo agradecería, á ménos que no seais vos el rey, lo que se me ha ocurrido diferentes veces, sin que esto sea tener mala opinion de vuestra persona.

— Todo eso son tonterías, dijo el señor Abejon sonriendo; está muy bien, Garbullo, has desempeñado tu encargo. Y ahora hablemos de tí, ya ves que nunca andarás bien con tus padres, porque ellos son muy astutos y tú muy simple. ¿Quieres quedarte conmigo? Así no les tendrás ya que temer y aprenderás tales cosas que serás amo deliunver so.»

Garbullo suspiró sin responder; y sobre esto el señor Abejon le volvió la espalda, pues no acostumbraba á ocupar mucho tiempo el mismo sitio, y aunque jamas se le veia hacer nada parecia un hombre lleno de quehaceres apremiantes.

Cuantas veces el señor Abejon le hablaba de quedarse en su compañía, Garbullo sentía un temor extraordinario. Regresó pues á casa de sus padres y les refirió lo ocurrido. No le gustaba tener que confesar que la reina de las abejas se habia quedado con la miel poniendo en fuga al asno; pero fué preciso decirlo, y quizá de excusa manifestó que no habia tropezado con vulgares abejas, sino con una reina rodeada de toda su corte y de todo su ejército.

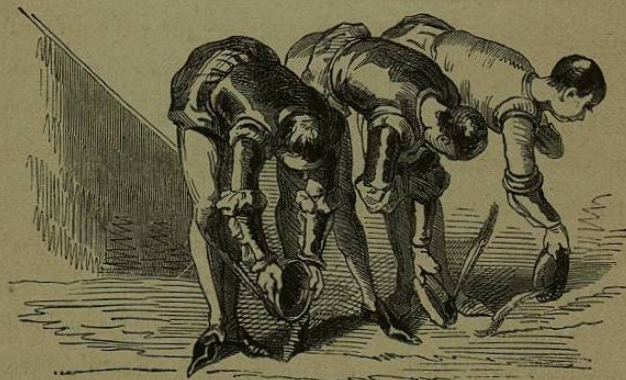
Pensó que le llamarían embustero y visionario; pero Farfulla que creía en brujos porque habia tratado de serlo, se rascó la oreja y dijo á su mujer: « En todo esto hay algo de magia. Garbullo va á ser un día más rico que un rey, puesto que está en camino de hacerse brujo. Muy tonto es, no cabe duda, pero el señor Abejon despertará su inteligencia. Dejémosle que vaya adelante, porque si nos oponemos nos arruinará y perecerán nuestros hijos. Yo tengo para mí que los zánganos que los picaron no eran insectos de baja estirpe. Que se vaya Garbullo, pues si llega á ser tan rico como un rey, por amor propio elevará á la familia á las más altas dignidades. »

Y dirigiéndose á Garbullo, añadió: « Mira, muchacho, vuélvete á casa del señor Abejon, dile que tu padre te

permite que te quedes con él y guárdate de demostrar el menor descontento. Yo te mando que vivas á su lado y si no lo haces ten por cierto que lo pagarán tus costillas. »

Garbullo despedido así salió vertiendo lágrimas. Su madre apesadumbrada un instante le acompañó algunos pasos y luego le dejó despues de abrazarle, lo que causó tal alegría al pobre Garbullo que aceptó su suerte con la esperanza de que sus padres le amarian y le acariciarían cuando se presentara á visitarlos.

El señor Abejon recibió muy bien á Garbullo. Le dió lujosos vestidos, un hermoso cuarto, le sentó á su mesa y destinó tres pajes á su servicio. Luego comenzó á instruirle en el arte de la magia.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FRANCO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Pero Garbullo no hacia progresos. Le rompian la cabeza con cifras y con cálculos, lo que no le divertia ni le daba á entender tampoco para qué podria servirle. Su riqueza no labraba su felicidad. Le gustaba estar aseado y eso era todo. Veia poquísimo al señor Abejon que parecia siempre muy ocupado y le decia acariciándole las mejillas : « Aprende cifras y cálculos con el profesor que tienes ahora, y cuando sepas bien todo eso, yo te tomaré por mi cuenta y te enseñaré los secretos importantes. »

Garbullo habria deseado querer muchísimo al señor Abejon que tan bien se portaba con él; mas no podia conseguirlo. El señor Abejon era irónico sin ser gracioso, alborotador, sin ser alegre, pródigo sin ser generoso. No se podia saber nunca en qué estaba pensando, si es que pensaba jamas en alguna cosa. Solia mostrarse brusco y brutal; y por lo comun era indiferente. Una de sus manías repugnaba mucho á Garbullo y era la de alimentarse con miel, jarabes y dulces, manía á la que se entregaba con voracidad, hasta el extremo de ponerse sucio, si bien este sistema le aprovechaba teniéndole siempre repleto y rechoncho. A Garbullo no le gustaba besarle porque tenia pringosa la barba.

No obstante lo mucho que gastaba el señor Abejon



era cada dia más rico, y como aquel país tenia á su



frente un monarca muy débil y muy pobre, el señor Abejon le compraba todas sus haciendas, tierras, case-

ríos y bosques. Muy luego le compró también sus cortesanos, sus sirvientes, sus ganados y sus ejércitos. El rey se arruinó hasta un punto que sin el auxilio de algunos criados fieles que le sustentaban, se habría muerto de hambre. Aunque conservaba su título de rey, en realidad no era más que el primer ministro del señor Abejon quien le imponía todas sus voluntades porque se había calzado con el santo y la limosna.

Por aquellos tiempos llegó á la comarca una hermosa y rica princesa, con su madre la reina, porque había proyectos matrimoniales que se habían de tratar con el señor Abejon. Muy luego se pusieron de acuerdo, y se hicieron grandes fiestas para celebrar el enlace del señor Abejon con la bella princesa; convidaron al rey que se chupó los labios en el festin de la boda; y el señor Abejon una vez casado pareció mucho más rico que ántes.

Su mujer tan entendida como hermosa, trataba á Garbullo con mucha amistad; pero Garbullo no podía quererla como lo habría deseado. A la verdad, le daba miedo porque le recordaba aquella princesa de las abejas que había creído ver debajo de la higuera el día en que el enjambre puso en fuga al borrico; y cuando ella le besaba tenía miedo de un picotazo. También la domi-

naba aquella manía de comer miel y jarabes que tanto desagradaba á Garbullo en el señor Abejon. Y á mayor abundamiento, siempre estaba hablando de economías y mientras enseñaban á Garbullo el arte de contar ella le atormentaba repitiéndole en todos los tonos que necesitaba asimismo aprender á producir.

En suma, pareció más tranquila desde aquel tiempo la casa del señor Abejon, pero no más alegre. La esposa era avara y con la mayor dureza hacia trabajar á todo el mundo. Pero el reino aprovechaba y se enriquecía. Se hacían grandes obras, ciudades nuevas, puertos de mar, palacios y teatros; se fabricaban muebles magníficos y preciosas telas; se daban fiestas en las que relumbraban los brillantes, los encajes y los brocados de oro. Eran tales aquellas magnificencias que los extranjeros se quedaban atónitos. Mas no por esto los pobres mejoraban de condicion, puesto que para ganar dinero en aquel país se necesitaba ser muy sabio, muy diestro ó muy fuerte y los que carecían de saber, destreza ó salud se veían menospreciados de todo el mundo y tenían que robar, pedir limosna ó morir de hambre como el anciano monarca. Más aún: se echó de ver que todos se volvían malvados, los unos porque eran demasiado felices y los otros porque no lo eran bastante. Se